

en las inmediaciones de Charcas, el P. Fray Juan del Rio, de origen español y gobernador que había sido poco ántes de la Provincia de Nueva Vizcaya.

El P. Fray Martín de Altamirano cuya patria, según se cree, fué Zacatecas, se dirigió á las distantes tierras del Nuevo Reino de León, muriendo sacrificado por aquellos feroces salvajes el año de 1606, y en ese mismo tiempo fué igualmente asesinado por los *tepehuanes* de Durango, el P. Fray Pedro Gutierrez.

A las márgenes del rio de Conchos fueron á sellar su valor y su fé con la sangre del martirio, los PP. Tomás Ziggarrán y Francisco Lavado, donde también murió despues á manos de los apaches el P. Fray Alonso Gil.

El P. Fray Estéban Benítes sucumbió asesinado por los *chichimecos* cerca de San Juan del Rio (Durango).

En el Convento de San Bernardino de Milpillas fueron muertos á puñaladas los PP. Fray Ramiro Alvarez y Fray Diego de Evía. Este último era criollo de Zacatecas.

Muchos otros religiosos pertenecientes á la citada Provincia fueron víctimas del salvaje furor de los indígenas; pero sería cuestión de un trabajo especial formar el cuadro ó la lista de esos abnegados obreros de la religión, quienes sin más pertrechos que un carazón templado en el fuego de la fé y un crucifijo á guisa de espada, exponían su vida con mayor mérito y abnegación que los más bravos y atrevidos guerreros.

CAPITULO XLVI.

1604.

Sacerdotes distinguidos de la Provincia de San Francisco de Zacatecas.—Fray Gerónimo de Mendoza.—Fray Pedro de Espinaredo.—Fray Diego Ordoñez.—Fray Juan Bravo.—Fray Diego de la Magdalena.—Fray Juan de Herrera.—Fray Joseph de Regoitia.—Fray Joseph Mendoza.—Fray Jacinto Quixas.—Otros sacerdotes de la misma Provincia.

No solo se distinguió la Orden de San Francisco por haber sido sus religiosos los que primero enarbolaron el lábaro de la fé católica en estos lugares y por haber pagado muchos de ellos su celo con la muerte ó el martirio, sino también porque varios de sus hijos supieron honrarla con el ejercicio de las virtudes cristianas y el estudio.

Justo es, por lo mismo, ya que de la Orden referida se trata, consignar aquí, siquiera sea en breves líneas algunos apuntes de la vida de aquellos varones que más se distinguieron por su piedad y talento en la Provincia de Zacatecas.

En primera línea debe figurar el Rev. Fr. Gerónimo de Mendoza, fundador de la primera misión de PP. Franciscanos que hubo en dicha Provincia y cuyos trabajos quedaron ya referidos al hablarse de la conquista de Nombre de Dios, Chalchihuites, Sombrerete y varios puntos del Estado de Durango.

El P. Fr. Pedro de Espinaredo eficaz y digno sucesor de Fr. Gerónimo de Mendoza, tiene también su brillante página en la historia de aquellos tiempos y de aquellas localidades, pues en la parte correspondiente de este *Bosquejo* hemos visto ya que á su cristiana vocación, celo, valor y

actividad, se debió la conversión de multitud de gentiles, el establecimiento de varias misiones y aún los progresos de la conquista, pues el P. Espinaredo, cuando los conquistadores capitaneados por Ibarra y Alonso Pacheco fundaban alguna población, ya el citado Padre y sus colaboradores habían logrado poner antes la planta en las tierras que no estaban aún invadidas por las armas españolas.

El P. Espinaredo, que sabía cohonestar las fatigas y los cuidados de la predicación con otra clase de trabajos, no se olvidó de instruir á sus neófitos en algunos conocimientos agrícolas, enseñándoles á sembrar maíz, frijol, calabazas y otras plantas; y á efecto de hacer más útil el ministerio de los religiosos entre aquellos gentiles, se consagró con paciencia y empeño á formar un vocabulario de la lengua *zacateca*, el cual sirvió bastante para facilitar la enseñanza de la religión á los citados gentiles.

La vida del P. Espinaredo es igualmente recomendable por el lado de la piedad y las virtudes, pues durante su permanencia en estos lugares se mostró siempre digno del ministerio que desempeñaba, no solo con aplauso de sus superiores y compañeros, sino también de los mismos indios, quienes admiraban su constante paciencia y valor en medio de muy duras penalidades y miserias y de peligrosas excursiones, durante las cuales no disfrutaba de otras comodidades y alimentos que los que los indígenas y la naturaleza le proporcionaban. Su ministerio fué de cerca de treinta años entre aquellos indígenas.

No ménos digna de elogio y de respeto es la vida del P. Fr. Diego de la Cadena, y también la de Fr. Jacinto de San Francisco, pues éstos pueden muy bien identificarse bajo muchos conceptos con el P. Fray Pedro de Espinaredo.

De la ciudad de Salamanca, en España, vino á México el año de 1539 un religioso que también dió mucho lustre á la Provincia de Zacatecas. Llamábase Fr. Diego de Ordoñez, y su vida es tanto más notable, cuanto que vivió 117 años, de los cuales 104 empleó en el ministerio cristiano. Sus estudios los comenzó á los ocho años de edad con sorprendente aprovechamiento en muchos ramos de las Divinas letras.

Al llegar á México supo que por estos puntos los mi-

sioneros franciscanos tenían que emprender frecuentes misiones entre los salvajes, durante las cuales no pocos de ellos recibían la muerte; y deseando el P. Ordoñez participar de esos trabajos y dejar por aquí alguna huella de sus religiosos deseos, emprendió á pié desde México su viaje para esta Provincia, á la edad de 79 años, y pasó luego á la N. Vizcaya, donde se ocupó en la conversión de los gentiles.

Ni la muy avanzada edad del citado Padre, ni sus diarios ayunos y duras penitencias le impidieron emprender viajes dilatados, que soportaba con gozo y resignación admirable. Pero cuando ya contaba de edad como 110 años y después de haber desempeñado mucho tiempo el cargo de misionero, la naturaleza se sobrepuso á la voluntad de aquel hombre gigante en los padecimientos, en los estudios y en los trabajos, y al fin lo obligó á dejar el báculo de apóstol entre los gentiles, para encerrarse en una celda del Convento de Sombrerete, de la que solo salió, durante sus últimos siete años de vida, á predicar los domingos en la Parroquia de aquel lugar.

El P. Arlegui refiere que dicho Padre en el último de sus sermones predijo la próxima ruina de aquel rico mineral, profesía que se cumplió fielmente, despoblándose Sombrerete, según el mismo historiador, aunque éste no dice nada acerca de los motivos que pueden haber provocado tan funesto vaticinio contra un pueblo que entonces comenzaba á colocarse entre las más importantes poblaciones de estas tierras, merced á sus ricos criaderos minerales.

La muerte de tan respetable sacerdote ocurrió en Sombrerete el año de 1587, con gran sentimiento de todo el vecindario, y su cadáver fué colocado bajo el altar mayor del Convento de San Francisco de aquella población.

Fué el P. Ordoñez hombre de gran piedad y talento, bastante versado en el griego y el hebreo, en gramática, retórica, teología, filosofía, metafísica y Sagradas Escrituras.

La ciudad de Zacatecas, según se cree fundadamente, meció la cuna de otro recomendable soldado de la milicia de San Francisco. Llamóse Juan Bravo y fué hombre de gran piedad y constancia en los deberes religiosos; siempre caminaba á pié y descalzo y era inteligente predicador. El P. Arlegui, llevado de su genial credulidad, creé ver en cada uno de los frailes franciscanos, de cuyas biografías se

ocupa, sucesos ó episodios extraordinarios ó sobrenaturales, y así refiere del P. Fr. Juan Bravo, que estando éste predicando un sermón en la Catedral de Durango, se vió que tenía el rostro iluminado por una aureola resplandeciente como los rayos del sol y que á pocos instantes después quedó muerto y en pié en el mismo púlpito.

El P. Fr. Diego de la Magdalena, español, religioso de vida ejemplar y abnegación en el catequismo de los indios *chichimecos*, entre los cuales vivió, recorriendo constantemente los Conventos y doctrinas de San Luis Potosí, Charcas, el Venado, Santa María, Mezquitic, el Xichú y otras muchas poblaciones. Pero lo que hace recomendable la memoria de este Padre, es lo humanitario que se mostró congregando y docilitando á los *huachichiles* hasta lograr que el cacique Caldera y otros de aquella indomable tribu hicieran la paz con el gobierno español.

El P. Fr. Juan de Herrera, segundo de este nombre y originario de la ciudad de Durango era muy instruido en lenguas indígenas, de las cuales sabia cinco. Se hizo notable por su celo en la conversión de muchos gentiles en el reino de Nueva Vizcaya. Murió el año de 1599 y se le sepultó en el Convento de Chalchihuites.

Notable fué también la vida del P. Fr. Joseph Regoitia de San Gabriel, vazcongado. Vino á Zacatecas en los primeros años del siglo XVII, atraído del deseo de hacer fortuna en el negocio de minas y eligió como punto de residencia el recién descubierto mineral de Mazapil, en el cual, á pesar de la mucha plata que allí se sacaba, pocos españoles iban á radicarse y se carecía de brazos suficientes para el trabajo. Fr. Joseph Regoitia, que entonces era seglar todavía, recurrió á un medio ilícito para proveerse de gente trabajadora; emprendía excursiones, unido á varios sirvientes intrépidos y bien armados, á San Luis, Zacatecas y otros lugares, y como foragidos caían de noche capturando operarios, á los cuales llevaban amarrados á Mazapil, en donde de día los hacia trabajar Don Joseph y de noche los metía dentro las minas para que no se le escaparan.

No pocos riesgos corrió Regoitia en esta clase de tráfico, pero al fin, arrepentido de su mal proceder, de sus escándalos y de su genio fogoso é inquieto, renunció al mundo y solicitó tomar el hábito en el Convento de San Fran-

cisco de Zacatecas, lo cual le fué concedido. Repartió entre los pobres todo lo que había ganado en las minas de Mazapil y siguió entregado á una vida religiosa de austeridad y de virtudes, ayunando á pan y agua todos los Viérnes y Sábados hasta que falleció en San Antonio de los Llanos, predicando á los indios de aquel rumbo. Ignóranse la fecha y las circunstancias de su muerte.

El P. Fr. Joseph de Mendoza, originario de la ciudad de Zacatecas fué un modelo de humildad y de virtud; vivía entregado á la penitencia y á la oración en la capilla de San Antonio del Convento de San Francisco, de la cual solo salía á pedir limosnas á las poblaciones inmediatas. Murió en Jeréz y allí se depositó su cuerpo en la Parroquia. Refiérense algunos milagros hechos por este Padre.

La ciudad de Pinos ha dado al Instituto de San Francisco un religioso de nombre notable, el P. Fr. Jacinto Quixas. Rezaba cuatro horas diarias sus devociones y observaba una vida intachable y ejemplar. Fabricó dos templos en Durango y uno en el Convento de San Miguel del Mezquitil. Fué Guardián varias veces y murió en esta ciudad el año de 1731. Dícese que cuando su cadáver estaba expuesto en el Convento de San Francisco se escuchó una música melódica y enternecedora, sin que se viera que persona humana alguna la ejecutara, cuya música cesó hasta que el cadáver referido fué sepultado.

Muchos varones ilustres honraron á la Provincia de S. Francisco de Zacatecas, cuyos nombres consignaré aquí para no dejarlos en el olvido, y fueron entre otros los RRev. PP. Fr. Alonso de la Oliva, Francisco de la Oliva, Francisco Merino, españoles; Fr. Pedro de Heredia, de Durango; Francisco Loranea, Martín de Veleña, Juan de Roentes, Gerónimo de Pangua, Juan de Espinosa, Nicolás de Zalazar, Juan Gómez, Domingo de Arteaga, á quien tocó reedificar el templo del Convento de S. Francisco de Zacatecas cuando se incendió el año de 1648; Simón Márcos, Felipe de Ocio, Alonso Caro, Juan Lazcano, Luis Hermoso, que fué quien construyó el primer órgano de la Iglesia del Convento de San Francisco, de esta ciudad en 1697 á 1700, todos estos españoles; el P. Fr. Juan de San Miguel, criollo de Zacatecas, quien leyó la Biblia como veinte veces y la sabía de memoria; Fr. Antonio de Mendigutia, que hizo la

capilla de San Antonio de dicho Convento de Zacatecas, Fr. Diego Valdez, zacatecano, Fr. Joseph de Arlegui, de Durango, hombre docto y erudito, autor de la Crónica que me sirve de guía en estos apuntes; Joseph de la Torre, Antonio Rizo, Manuel Mimbela y Francisco Gómez de Mendiola, obispos que fueron de Guadalajara, y otros muchos cuya lista sería extenso señalar.

Por último, fueron ornamento distinguido de la Provincia de San Francisco, dos ilustres varones, los RRev. Fr. Juan de Angulo y Fr. Joseph de Castro, quienes por sus virtudes, letras y algunas circunstancias notables, merecen capítulo aparte, por lo que en el siguiente me ocuparé de ellos.

CAPITULO XLVII.

1606.

Fr. Juan de Angulo y Fr. Joseph de Castro, distinguidos sacerdotes de la Provincia de San Francisco de Zacatecas.---Rasgos biográficos de los mismos.

Aunque algunos autores han creído que el Ven. P. Fr. Juan de Angulo, notable religioso del Convento de San Francisco de Zacatecas, era originario de las Poanas en el Estado de Durango, ó de Sombrerete según otros, el P. Arlegui nos hace saber con sólidas razones, que el citado Angulo fué español, hijo de un hermano de Juan de Angulo, también español, que vivía en Sombrerete cuando aquel mineral estuvo en opulencia en los primeros días de la conquista.

Tenía apenas veinte años el mencionado Angulo cuando se dirigió á la América, yendo á radicarse á Sombrerete el año de 1587, donde desde luego se ocupó de ayudar á su tío en el manejo de los caudales que éste tenía en aquellos lugares.

Sin embargo, pronto se fastidió el jóven Angulo en la ocupación del comercio á que el tío le había dedicado, y abandonando á éste fué á radicarse á la hacienda de Cedros, cerca de Mazapil, que entónces pertenecía á un tal Juan de Guerra.

Probablemente en ese tiempo ya estaban descubiertas las ricas minas de Cedros, pues refiere el P. Fr. Joseph de Castro, biógrafo del P. Angulo, que éste vivió allí algunos años entregado á la explotación de minas, en cuyo negocio logró hacer una opulenta fortuna.